

PANORAMA DEL ASIA ORIENTAL

I

COREA DEL SUR

Finalizada la conflagración del Sudeste asiático con la imposición de regímenes comunistas a Vietnam del Sur, Camboya y Laos, la atención se concentra ahora, entre otros puntos esenciales, en Corea del Sur, a la que se intenta debilitar en el ámbito internacional mediante una serie de maniobras de gran envergadura.

Los Estados Unidos, responsables de la seguridad de su aliado surcoreano, no han dejado de observar el vasto movimiento desplegado contra Seúl. En un intento de fortalecer la moral de ese país, el 22 de noviembre de 1974 llegaba a Seúl el presidente Gerald Ford, que en una breve alocución pronunciada en el aeropuerto subrayaba los «vínculos especiales» y los «intereses comunes» que unen a los Estados Unidos y a Corea del Sur. Durante su breve estancia, el presidente norteamericano celebraba dos entrevistas con su homólogo Park Chung Hee. Los «vínculos especiales» a los que aludía el primer mandatario estadounidense se concretan en los treinta y ocho mil hombres que los Estados Unidos tienen destacados en Corea del Sur, entre ellos una división de infantería y tres escuadrones de aviación. Su artillería está dotada de cañones de proyectiles atómicos. El territorio surcoreano está protegido por la aviación y la flota americanas con bases en el Japón.

El comunicado común publicado después de las entrevistas del día 22 reafirma la voluntad de Washington de conceder a Corea del Sur «una ayuda rápida y efectiva» en caso de agresión. «Los dos presidentes—agregaba el comunicado—están de acuerdo en estimar que las fuerzas armadas de la República de Corea y las fuerzas americanas estacionadas en Corea deben mantenerse en un alto grado de potencia y de preparación a fin de desalentar toda agresión.» Con estas afirmaciones se trataba de disipar los recelos que pudiese experimentar el presidente surcoreano, Park Chung Hee, ante las propuestas de un reducido número de miembros del Congreso norteamericano que recomendaban la retirada de las tropas americanas estacionadas en Corea del Sur. Por ello, en el comunicado se insistía

en que los Estados Unidos no tienen en proyecto ningún plan para reducir el nivel actual de sus fuerzas en Corea del Sur. A mayor abundamiento, el texto oficial subrayaba que «los Estados Unidos, como potencia del Pacífico, tienen interés vital en Asia y en el Pacífico y continuarán sus esfuerzos para asegurar la paz en esta región».

Desde entonces no han cesado de aparecer declaraciones muy significativas que confirman el interés norteamericano en continuar, al presente nivel, su ayuda a Corea del Sur. Entre las más recientes figura una entrevista, publicada el 21 de mayo del año actual en el *Daily News*, de Nueva York, en la que el presidente Ford afirmaba enérgicamente que los Estados Unidos harían honor a sus compromisos con Corea del Sur en el caso de que fuese atacado por las tropas de Pyongyang. Ford insistía en que resultaba necesario que los surcoreanos «y los otros» conociesen las resueltas intenciones americanas. Es decir, que las declaraciones del presidente norteamericano deben interpretarse como una solemne advertencia formulada para disuadir a los enemigos de Seúl de cualquier veleidad belicista. Con sus categóricas afirmaciones, Ford corroboraba las declaraciones que el secretario de Defensa, Schlesinger, había formulado dos días antes en el sentido de que en caso de una invasión a Corea del Sur, los Estados Unidos, teniendo en cuenta las enseñanzas del conflicto vietnamita, desplegarían una acción «mucho más draconiana».

Esa actitud de firmeza se ratificaba el 25 de agosto pasado, con la visita de tres días a Seúl del secretario norteamericano de Defensa, Schlesinger, que se reunía con los dirigentes surcoreanos para tratar de los problemas defensivos.

Uno de los motivos que contribuyen en mayor medida a la decidida actitud de los Estados Unidos en favor de Corea del Sur es el hecho de que la defensa de este último país está considerada como esencial para la del Japón y, bajo ningún concepto, está dispuesto Washington a que Tokio, al sentirse amenazado en su seguridad, adopte rumbos que pudieran comprometer la seguridad americana en el Pacífico. La alianza nipo-norteamericana es una piedra básica en los planes de Washington, y de ello se desprende que los Estados Unidos deben cooperar para que la seguridad japonesa no se vea comprometida, como sucedería en el momento en que Corea del Sur se viese incorporada a la órbita comunista.

El impacto decisivo de estas razones en la conducta de Washington se puso de evidencia, precisamente, con ocasión de la mencionada visita de Ford a Seúl. Al conocerse la decisión presidencial de tras-

ladarse a Corea del Sur, muchas organizaciones americanas y una parte de la opinión de los Estados Unidos criticaban sin disimulo la decisión de Ford de «visitar al dictador Park Chung Hee, el hombre que ha aplastado la democracia en Corea del Sur». Se reproducía así la postura adoptada durante la guerra vietnamita para inducir a Washington al abandono de su aliado. No obstante estas censuras, en el ánimo de Ford pesaron decisivamente, para persistir en su determinación, dos factores complementarios.

De una parte, la enérgica postura del Pentágono en favor de la presencia de Ford en Seúl. El abandono de Vietnam del Sur y de Camboya por parte de los Estados Unidos parecía indicar el desinterés de Washington por el Extremo Oriente, por muy suicida que pudiese parecer esa actitud. La negativa norteamericana a socorrer a Saigón y a Phnom-Penh durante la última ofensiva de sus enemigos y la impasibilidad con que se contemplara el ingreso de ambos países en la órbita comunista por la fuerza de las armas parece constituir un indicio elocuente de su firme voluntad de no verse implicados en un nuevo conflicto armado en tierras asiáticas. Una actitud tan clara sólo podría perjudicar la moral de los escasos aliados que le quedan en el Extremo Oriente. Uno de ellos, Corea del Sur, que no dudó en enviar casi cincuenta mil hombres a luchar junto a los americanos durante el conflicto vietnamita. Al propio tiempo la falta de firmeza norteamericana podría alentar a Pyongyang para que intensificase, hasta extremos intolerables, la presión sobre el Sur, e incluso decirle a iniciar el ataque militar que viene proyectando desde hace muchos años¹. El Pentágono no podía ignorar esa situación y expuso claramente a Ford la conveniencia de efectuar el viaje para robustecer la moral de Seúl al propio tiempo que se negaba a reducir la capacidad defensiva de Corea del Sur, como hacía saber el subsecretario de Defensa, Mr. Clements.

A tal orientación del Pentágono se sumaba la resuelta actitud pro Seúl del Gobierno japonés, que «desea y pide a Washington que no se reduzca la presencia y la ayuda militar de los americanos [en Corea del Sur]. Tokio no gusta de la dictadura surcoreana, y son numerosas sus diferencias políticas con ella; pero Corea del Sur sigue siendo un bastión protector indispensable para la seguridad nipona y un terreno privilegiado de expansión económica, y es necesario no debilitarlo en el plano militar»².

¹ JULIO COLA ALBERICH: «Corea: una amenaza latente», núm. 101 de esta REVISTA.

² ROBERT GUILLAIN: *Le Monde*, 23 de noviembre de 1974.

La importancia decisiva que atribuye el Japón a la continuación de Corea del Sur en el ámbito del mundo libre se confirma mediante el acuerdo Nixon-Sato de 1969, en el que se insertaba la célebre «cláusula coreana», así denominada porque en ella se estipulaba que la seguridad de la península coreana resulta esencial para la del Japón. Se comprende la importancia que Tokio otorga a Seúl en el aspecto de su propia defensa si se tiene en cuenta que el puerto de Pusan, en Corea, no se encuentra más que a 30 millas marinas de la isla japonesa de Tsushima. El Gobierno y el Partido Liberal Democrata mayoritario consideran que la paz en Corea y el mantenimiento del *statu quo* son esenciales para la seguridad nipona.

Para conseguir ese objetivo, Tokio está dispuesto a asumir cualquier tipo de responsabilidades. Así, el 3 de mayo pasado, el diario japonés *Yomiuri* escribía que el Japón había accedido a la petición americana de introducir en su territorio armamentos nucleares en caso de que se produjeran acontecimientos que afectasen al propio Japón o a Corea del Sur. Según el citado rotativo, el secretario de Estado norteamericano, Kissinger, había obtenido una respuesta favorable en tal sentido del ministro nipón de Asuntos Exteriores, Kiichi Miyazawa, que se encuentra plenamente convencido de que la seguridad de Corea del Sur está tan íntimamente ligada a la del Japón, que no se puede vacilar en admitir cualquier medida, por impopular que pudiera resultar, que contribuya a fortalecer el *statu quo*.

Por ese camino Tokio viene concediendo a Seúl una reiterada y sustanciosa ayuda. Así ha ocurrido durante los pasados años, y esa conducta no se ha modificado, puesto que ha sido renovada el pasado 15 de septiembre, durante la Conferencia ministerial entre representantes de ambos Gobiernos, celebrada en Seúl, en la que se acordaba que el Japón concedería a Corea del Sur una importante ayuda económica y política e indirectamente militar.

En definitiva, el apoyo a la República de Corea, como factor esencial de la defensa nipona, constituye uno de los puntos fundamentales del entendimiento nipo-norteamericano. Así, en el comunicado conjunto de las conversaciones mantenidas en Washington, durante los días 5 y 6 de agosto de 1975, entre el presidente Ford y el primer ministro Takeo Miki, se afirmaba explícitamente que los Estados Unidos mantendrían al Japón bajo la protección nuclear americana —«factor importante de la seguridad del Japón»—, y que lo defenderían en caso de cualquier ataque nuclear o convencional. La importancia de estas conversaciones radica en que no solamente apa-

rece mencionada por primera vez la cuestión de la defensa nuclear, sino que sigue en vigor la «cláusula coreana», puesto que los Estados Unidos ofrecen seguridades formales al afirmar que «la seguridad de la República de Corea es esencial para el mantenimiento de la paz en el conjunto de la península coreana, lo que a su vez es necesario para la paz y la seguridad en el Asia oriental, incluyendo al Japón».

No obstante, a pesar de tan reiteradas demostraciones públicas y de las categóricas promesas expresadas en Seúl por el primer mandatario norteamericano de que Washington no alteraría en el futuro su ayuda a Corea del Sur, en Seúl se acentúan las dudas de si los Estados Unidos cumplirían sus compromisos en el caso de un ataque generalizado del enemigo nordista. No se trata, por supuesto, de que la República de Corea ponga en duda la buena fe y la sinceridad del presidente norteamericano, sino de que las circunstancias hagan imposible el cumplimiento de la voluntad presidencial. Durante el epílogo del drama indochino hemos asistido al espectáculo de un Congreso que se negó obstinadamente a satisfacer las peticiones formuladas por el Ejecutivo. También, no cabe dudarlo, en los precipitados acuerdos firmados por Kissinger con Hanoi—mero formulismo destinado a salvar las apariencias de una retirada unilateral del campo de batalla—había influido de forma decisiva el clamor de la opinión pública norteamericana contra la continuación de la guerra. ¿No se despertaría ahora una protesta tan generalizada si Washington, ante un ataque militar de Pyongyang, se dispusiera a cumplir sus compromisos y decidiera reforzar sus tropas en Corea del Sur? En la actual hipersensibilidad política, opinamos que no serían posibles nuevas expediciones bélicas, puesto que el Congreso no autorizaría semejantes medidas. Lo que induce a pensar que los recelos por parte de Seúl están altamente justificados. Lo ocurrido en Camboya y Vietnam del Sur no representa, ciertamente, un ejemplo muy alentador, y se comprenden de tal forma las inquietudes puestas de manifiesto, reiteradamente, por Park Chung Hee. Una muestra significativa de tales perplejidades son las declaraciones del presidente surcoreano al *Washington Post*, publicadas el 12 de junio pasado, en las que se afirma que Corea del Sur se proporcionaría su propio armamento nuclear en el caso de que los Estados Unidos «le retiraran la protección del paraguas nuclear». Esto indica que Seúl piensa seriamente en un descompromiso americano hacia Corea, aunque para dulcificar esa impresión, Park agregase que tiene plena confianza en

las seguridades ofrecidas por Washington. Precisamente la posibilidad de verse enfrentados en solitario, en un futuro más o menos próximo, a las huestes de Pyongyang es el factor que favorece las maniobras contra el actual régimen de Seúl. Los revolucionarios surcoreanos cuentan con la pasividad americana en el caso de que se llegase a una prueba de fuerza, y multiplican sus acciones para fomentar la inestabilidad del régimen y debilitarlo, incapacitándolo para soportar una confrontación.

No resulta tarea fácil, porque Park cuenta con el amplio respaldo popular—aunque otra cosa se venga afirmando en los medios de información internacionales, ampliamente comprometidos—de unas masas humanas que durante la ocupación roja de 1950 comprobaron directamente la diferencia que existe entre la libertad que pregonan los comunistas de puertas afuera y la dura realidad de la opresión que practican en su territorio. Así, en las citadas declaraciones, Park podía afirmar que, «incluso sin ayuda, estamos decididos a luchar hasta el último hombre y a no ceder una pulgada de nuestro territorio». Tal vez resulte exagerada la afirmación del presidente de que Seúl es capaz de fabricar su propio armamento nuclear, aunque en Washington los miembros de una delegación de la Asamblea Nacional surcoreana, que visitaban Estados Unidos, declaraban—el mismo día en que el *Washington Post* publicaba la entrevista con Park—que su país estaba «perfectamente capacitado» para elaborar armas nucleares. Esa hipótesis concuerda con la opinión de ciertos expertos norteamericanos que sitúan a Corea del Sur entre los países que disponen de una tecnología suficientemente avanzada como para fabricar ingenios nucleares. Además, los Estados Unidos aprobaron recientemente la venta de uranio a la República de Corea para fines pacíficos, lo que había provocado la censura de varios congresistas, que criticaron la decisión por estimar que las seguridades ofrecidas por el Gobierno Park—firmante del tratado de no proliferación de armas nucleares—respecto al uso de tal material resultaban insuficientes. En todo caso, sean reales o exageradas esas posibilidades, revelan un excelente estado de ánimo, que se caracteriza por la voluntad de resistir a cualquier intento de invasión de los ejércitos de Kim Il Sung.

Es obvio que la visita de Ford a Seúl había de irritar extraordinariamente a los países comunistas del Asia oriental, conscientes de que representaba una inyección moral de gran magnitud que galvanizaría la resistencia surcoreana ante las asechanzas del Norte.

En Hanoi, el diario *Nhan Dan*, órgano del partido comunista norvietnamita, escribía que el viaje del presidente norteamericano tenía por objetivo «reforzar la moral de los lacayos de Seúl a sueldo de los americanos». Era una postura previsible. Lo que resulta menos comprensible es la oleada de censuras desencadenada en los países libres, especialmente por parte de un amplio sector de la prensa japonesa que no cesa de hostigar al presidente Park Chung Hee a causa de sus métodos de gobierno. En los diarios más prestigiosos se publican violentas diatribas. A esa campaña contribuyen decisivamente los emigrados surcoreanos y diversas personalidades, entre las que destaca el antiguo embajador de los Estados Unidos en el Japón profesor Edwin Reischauer. En una entrevista publicada por el diario *Mainichi*, Reischauer declaraba que, si explotase una crisis en Corea del Sur, «uno de los puntos más explosivos del mundo», la opinión americana no apoyaría una nueva intervención militar, «pues sería ir en socorro de la dictadura del presidente Park». Por lo visto, Reischauer prefiere las dictaduras comunistas, que son mucho más dictatoriales.

El presidente Ford no menospreciaba las censuras de un sector muy significativo de los medios de información, y durante sus entrevistas de Seúl expresaba a su interlocutor el anhelo de Washington de que procediese a introducir reformas democráticas.

Es preciso anticipar que el presidente Park se halla mayoritariamente respaldado por la opinión pública de su país. En febrero de 1975—muy poco tiempo después de las mencionadas conversaciones—el presidente Park celebraba un referéndum acerca de su política. El *slogan* gubernamental—«Un voto contra Park es un voto a favor del caos»—producía un impacto decisivo: el 80 por 100 de los electores inscritos acudían a las urnas y de los votos emitidos, el 73 por 100 manifestaban su apoyo a la política de Park. En tales condiciones parece una osadía, irrespetuosa por añadidura, respaldar unos puntos de vista que no son compartidos por el pueblo soberano. Claro que, al no complacer estos resultados a ciertos sectores políticos extranjeros y a determinados medios de información, resulta sencillo encontrar aspectos que confirmen la propia opinión. Así, refiriéndose al mencionado referéndum, se ha escrito: «pero si el electorado rural ha seguido, por lo menos aparentemente, las consignas del Gobierno, el de las grandes ciudades se ha comportado de forma muy diferente. En Seúl las abstenciones han representado casi el 40 por 100 de los inscritos, y la proporción real de los "sí" apenas sobrepasa el tercio. En Pusan, el gran puerto del Sur, más de una cuarta parte de los

inscritos han votado "no". En total se comprueba que, sobre poco más de 16.750.000 electores, más de siete millones no han concedido al presidente Park la aprobación que pedía»³. Estas conclusiones de un periodista tan brillante como Guillain no son, precisamente, muy objetivas. En primer lugar menosprecia el voto del electorado rural. En pura democracia, ¿vale acaso más el voto de un habitante de la ciudad que el de un campesino? En segundo lugar, ¿acaso tiene pruebas de que todas las abstenciones significan la negativa de apoyo a Park? Los votos «no» tienen un valor indudable de oposición, pero no puede afirmarse—en pura objetividad—que las abstenciones lo sean también. Una persona enferma, o que ha tenido que desplazarse de su residencia habitual, o simplemente un comodón, pueden ser fervientes partidarios de Park y no haber podido o querido depositar su voto. Por lo tanto, las abstenciones no tienen ese valor que pretende atribuirles Guillain. Finalmente, aun con todos esos malabarismos matemáticos resulta que Park Chung Hee es ampliamente mayoritario, que es, en definitiva, lo que se trataba de saber al convocar el referéndum. Por otra parte, y no de menor importancia, resulta que esas cifras significativas de votos contra Park no hacen sino demostrar la pureza con que se efectuó la consulta electoral, puesto que, de haber existido fraudes, el 90 por 100, cuando menos, hubiese respondido favorablemente a su presidente, como es habitual en la mayoría de los países afro-asiáticos, en que estas consultas se zanján con el voto prácticamente unánime, con los porcentajes fijados de antemano por los centros gubernamentales. En Seúl no sucede así, y por ello resulta curioso que las críticas se centren en Park por su falta de democracia cuando, sin salir de la península, se alza el ejemplo de Corea del Norte, donde nadie piensa en celebrar plebiscitos y donde su dirigente supremo, el «mariscal» Kim Il Sung—que no llegó al poder por sufragio universal—ejerce de forma omnímoda y con carácter vitalicio su poder personal sin que atraiga críticas semejantes de los medios mundiales de información.

Cuando Park subió al poder mediante el golpe de 1961, uno de sus primeros actos fue revisar la Constitución, que prohibía que nadie pudiese ejercer el cargo de presidente durante más de dos mandatos de cuatro años. Con ello se pretendía «impedir la dictadura legalizada, que había prevalecido bajo Syngman Rhee, que mandó durante doce años. Durante la última semana, en un referéndum controvertido, 11,1 millones de surcoreanos votaron por un margen de dos a

³ ROBERT GUILLAIN: «La Corée du Sud 'revitalisée'» (I), *Le Monde*, 22 de abril de 1975.

uno enmendar la Constitución, de tal forma que hubiese un tercer mandato en 1971. Desde que Park tomó el poder, dos años antes de que fuera elegido por primera vez en 1963, un tercer mandato le proporcionaría un total de catorce años en la Casa Azul, es decir, dos años más de los que sirvió Rhee»⁴.

Como puede comprobarse, existe una verdadera obsesión por la prolongación del mandato presidencial, como si se tratase de un fenómeno excepcional o único, incapaz de admitir comparación, cuando en la realidad es el denominador común que se observa, con características mucho más acentuadas en casi toda Africa y en gran parte de Asia, que son más afines mentalmente a Corea, que no la Europa occidental o los Estados Unidos. En el Africa contemporánea estamos asistiendo a una serie interminable de «presidencias vitalicias» o a una sucesión de mandatos presidenciales automáticamente prorrogados. Los dirigentes que ostentaban el poder en el momento de la independencia continúan en la Presidencia tras largos años, si no han sido desalojados por algún golpe de Estado militar⁵. En Asia sucede algo semejante, por lo menos en una gran parte del continente⁶. En la propia Corea del Norte, Kim Il Sung dirige los destinos del país de forma vitalicia. Es decir, que la presidencia vitalicia, que sería inconcebible en cualquier democracia occidental, es algo perfectamente normal en la esfera afroasiática.

«La dictadura del presidente Park nació de un golpe de Estado en frío en octubre de 1972. La oposición, galvanizada en agosto de 1973 por el secuestro en el Japón de su jefe principal, Kim Dae Jong, desde entonces bajo estrecha vigilancia en Seúl, obtuvo algunos éxitos para verse aplastada después por los feroces decretos que suprimían toda libertad. El presidente Park evoca incansablemente, para justificar su política, la amenaza y el peligro que proceden, dice, de la Corea del Norte comunista»⁷.

⁴ *Time*, 24 de octubre de 1969.

⁵ Entre otros estadistas que permanecen en la suprema magistratura desde la proclamación de la independencia de sus Estados, figuran: Habib Burguiba (Túnez), Leopold Sedar Senghor (Senegal), Félix Houphouët-Boigny (Costa de Marfil), Jomo Kenyatta (Kenya), Julius Nyerere (Tanzania), Kenneth Kaunda (Zambia), H. Kamuzu Banda (Malawi), Ahmed Seku Ture (Guinea), Macías Nguema (Guinea Ecuatorial), etc. Los presidentes Tubman (Liberia) y M'Ba (Gabón) la desempeñaron hasta su fallecimiento y otros sólo perdieron el supremo poder, tras largos años de mandato, al ser derrocados o muertos por diversos golpes: Tombalbaye (Chad), Diori (Niger), Nkrumah (Ghana), Keita (Mali), etc.

⁶ Ahmed Sukarno permaneció al frente de los destinos de Indonesia desde la independencia (1949) hasta ser destituido, en 1968, por los dirigentes militares; Ho Chi Minh dirigió Vietnam del Norte desde la independencia hasta su fallecimiento; Mao Tse-tung sólo abandonará la suprema dirección de la República Popular de China el día de su muerte, y Chiang Kai-shek sólo cesó de presidir la China Nacionalista a su fallecimiento.

⁷ ROBERT GUILLAIN: *Le Monde*, 23 de noviembre de 1974.

Realmente resulta increíble la parcialidad que revelan estos comentarios. Los «feroces decretos» a que alude Guillaín, sobre no ser tan draconianos como pretende dar a entender, habían sido suprimidos en agosto de 1974, es decir, antes del comentario. Sólo subsistían los tribunales militares destinados a juzgar a quienes, con sus actos, ayudasen al enemigo del Norte. Por otra parte, si ocho personas, culpables de haber cometido espionaje y verificado actos de sabotaje ordenados por Pyongyang —y no simples «miembros de la oposición», como indican ciertos rotativos⁸— eran ahorcados el 9 de abril de 1975, también es cierto que al día siguiente del referéndum de febrero habían sido puestos en libertad todos los presos políticos⁹, a excepción de cincuenta activos militantes comunistas. El carácter de «brutal dictadura» que se pretende acuñar no se compagina con la seguridad en que se desenvuelven los actos de oposición al régimen. Así, la víspera de la llegada de Ford a Seúl, la policía detuvo a un grupo de mujeres, madres de detenidos políticos, que se habían personado en la Embajada americana para protestar contra la «dictadura» y la visita del presidente. No obstante, esas mujeres eran inmediatamente liberadas y las autoridades de Seúl presentaban a las americanas excusas por el incidente. Al obispo católico Daniel Chi, detenido por sus constantes y furibundos ataques al régimen, se le ponía en libertad y se le permitía reintegrarse a su sede episcopal de Wonju, donde prosigue su labor subversiva. El jefe de la oposición cristiana, Kim Dae Jong, al ser trasladado a Corea del Sur, después de su rapto en el Japón, era mantenido bajo vigilancia en su propio domicilio, pero se trataba de una vigilancia tan benévola, que no le impedía dedicarse a una intensa actividad política opositora materializada en la presidencia del «Consejo Nacional para la restauración de la democracia».

Por supuesto que en Corea del Sur no existe una libertad absoluta, pero no es menos cierto que el país goza de una libertad infinitamente mayor que en el Norte, donde todo el que disiente es suprimido físicamente. ¿Se ha preocupado alguien de hacer una estadística de los fusilamientos ordenados por Kim Il Sung? Por otra parte no se puede afirmar que el régimen de Park pretenda permanecer siempre en las condiciones actuales, sino que esas restricciones democráticas son imprescindibles mientras subsista el peligro de una invasión del Norte o de que Pyongyang pretenda comunizar el Sur mediante

⁸ *Le Monde*, 22 de abril de 1975.

⁹ Según *Amnesty International*, existían cien estudiantes detenidos, una decena de religiosos, protestantes y católicos, y dos extranjeros, ambos japoneses.

un golpe revolucionario teledirigido. Especialmente esclarecedoras de esta conducta son las declaraciones formuladas a *Le Monde* por el jefe del Gobierno de Seúl. A las preguntas del periodista: «En el interior vuestra oposición no es despreciable. El referéndum ha demostrado que un gran número de coreanos, especialmente en las ciudades, no están satisfechos del régimen», responde aquél: «Quizá. Pero no olvide que la oposición no ha aceptado nunca las decisiones de la mayoría. Es cierto que usted no puede comprender esto. Nosotros conocemos a los comunistas y hemos profetizado a los americanos todo lo que pasaría en Indochina. Jamás se ha producido el menor cambio en la actitud de los rojos y el Vietnam lo prueba bien. Nuestro objetivo es lograr que nuestro país permanezca en el mundo libre y que conozca una vida democrática. Pero para esto es preciso que estemos dispuestos a hacer frente a todo desafío que proceda del Norte. Lo que hacemos no es comprendido por nuestros amigos, pero es preciso ver que se trata solamente de una etapa»¹⁰.

Todo intento de democratizar cualquier régimen y de conceder mayores libertades al ciudadano es, ciertamente, loable. La última meta de cualquier régimen político debe ser la máxima libertad y los mayores derechos para la persona. No obstante, hay que ser realistas; existen momentos en que la aplicación plena de esos objetivos no es aconsejable en virtud de circunstancias excepcionales que sugieren su restricción. Por ejemplo, si todo ciudadano debe tener el pleno derecho a censurar la conducta del Gobierno de su nación empleando los cauces legítimos y a expresar libremente esas opiniones, aun en los países más democráticos, esas libertades se restringen o se anulan en determinados momentos, como sucede durante una guerra. La Gran Bretaña constituye uno de los más altos ejemplos de libertad política, no obstante lo cual a nadie se le hubiese ocurrido tolerar propaganda derrotista cuando la nación se hallaba inmersa en la II Guerra Mundial, ni tampoco se hubieran podido expresar libremente opiniones en favor de la Alemania hitleriana. Sir Oswald Mosley y sus partidarios fueron mantenidos a raya en virtud de unas vagas simpatías pro nazis. Y nadie podría decir que el Gobierno británico se había convertido en un instrumento dictatorial, puesto que hay momentos decisivos en la vida de las naciones en los que resulta imperativo restringir ciertas libertades. Por otra parte, la opinión pública de los países democráticos occidentales se empeñan, por dog-

¹⁰ Síntesis de la conversación, efectuada por PAUL-JEAN FRANCESCHINI, *Le Monde*, 23 de abril de 1975.

matismo o ignorancia, en considerar su propia experiencia como válida para cualquier otro rincón del mundo, sin tener en cuenta la diferencia de mentalidad, de conducta o de tradiciones de otros pueblos muy distintos, como son los asiáticos o los africanos.

De todo ello se desprende que pueden considerarse como desorbitadas las censuras que se dirigen a Seúl por restringir ciertas libertades políticas. Cuando se procede de ese modo no se tiene en cuenta que el país está viviendo una etapa excepcional, aunque su duración resulte excesivamente prolongada, como es la situación de «ni paz ni guerra». En tales circunstancias, vitales para el futuro del Estado, el Gobierno tiene la misión de vigilar para evitar que, esgrimiendo reivindicaciones que estarían totalmente justificadas en momentos de normalidad política y militar, se fomente la desunión y el antagonismo de las masas populares, favoreciendo la labor de zapa de los revolucionarios que colaboran con Pyongyang. La oposición, de la que incautamente forman parte muchos elementos no comunistas, está abiertamente apoyada no sólo por Pyongyang, sino también por Pekín, lo que descubre su verdadero carácter. Así, el *Diario del Pueblo* (Pekín, 14 de diciembre de 1973) decía: «Estudiantes y demócratas coreanos, no estáis solos en vuestra oposición a Park Chung Hee. Además de vuestros compatriotas del Norte, tenéis con vosotros al pueblo chino y a los pueblos de Asia.» Esta soflama fue la primera demostración de que la República Popular de China se colocaba abiertamente al lado de la oposición de Seúl. Hasta entonces, Pekín no había manifestado una postura definitiva. A partir de ese artículo se celebraban reuniones de masa en las universidades de Pekín y Tsinghua y mítines de apoyo a la causa de la oposición surcoreana. Pekín expresaba claramente que no consideraba más que una sola Corea, que es la del Norte, y que el país debe ser reunificado bajo el mando de Kim Il Sung. China, que apoyó decisivamente con sus fuerzas militares el intento de reunificación por la fuerza en 1950, persiste en el mismo objetivo y, por ello, alienta y ayuda todo movimiento de oposición a Park Chung Hee, porque considera que es el único gobernante capaz de evitar que toda la península quede englobada bajo la órbita comunista. «Pekín y Pyongyang están de acuerdo en que no desean, ni una ni otra, una división legalizada de la península»¹¹.

¹¹ ALAIN BOUC: «Pékin soutient la lutte de l'opposition», *Le Monde*, 19 de diciembre de 1973.

Este es el nudo de la cuestión, que muchos comentaristas del mundo libre parecen olvidar: el designio de Pyongyang de proceder a la reunificación coreana bajo el signo de la hoz y el martillo. «Las palabras y el proceder de Pyongyang demuestran la consagración del régimen norcoreano a la reunificación de Corea según sus propias condiciones»¹², esto es, bajo la égida del comunismo.

Corea del Norte considera que se aproxima el momento más favorable para «liberar» el Sur. Así, durante las entrevistas celebradas en Pekín el pasado mes de abril, el mariscal norcoreano Kim Il Sung, jefe del Estado, reclamaba con notable insistencia el «derrocamiento» del régimen del presidente Park Chung Hee.

Es un propósito prioritario al que se subordina toda la actividad nordista, tanto externa como interior. Ahora bien, lo que aún no está decidido es el camino a seguir, esto es, si se debe proceder a la invasión armada o aguardar a que la subversión que se fomenta en el Sur adquiera un volumen capaz de provocar el colapso del régimen de Seúl. En este sentido, el embajador norcoreano en Pekín dejaba entrever, en unas declaraciones formuladas el 23 de junio de 1970, que la política de Pyongyang se basaba en fomentar las disidencias en el Sur y en fomentar una guerra de guerrillas más bien que en proyectar un ataque general semejante al de 1950: «Hoy—decía—los revolucionarios y el pueblo de la totalidad de Corea del Sur se están alzando en armas. En las ciudades y en el campo, en la clandestinidad y en las montañas, siguen ampliando la organización revolucionaria, asestando duros golpes políticos y militares al imperialismo norteamericano y a sus lacayos, la camarilla de Park Chung Hee»¹³. Sólo resta saber si esa actitud de Pyongyang en 1970 no será modificada por el curso de los acontecimientos de Indochina, que pueden estimular a Kim Il Sung a buscar un camino más rápido para la reunificación, escogiendo la vía militar.

De todo ello se desprende que estamos asistiendo a una táctica de enmascaramiento, puesto que los revolucionarios sudistas, obedientes a las consignas de Pyongyang, actúan sin cesar, no para defender a una democracia que detestan, sino para explotar a su favor cualquier pretexto u oportunidad que pueda crear una protesta suficientemente amplia como para desembocar en el colapso del régimen.

¹² ROBERT R. SIMMONS: «El triángulo Pekín-Pyongyang-Moscú», *La Actualidad en China Continental*, vol. VI, núm. 19, 1 de diciembre de 1970. Véase también A. KIM: «North Korea's New Offensive», *Foreign Affairs*, octubre 1969, y ROBERT R. SIMMONS: «Time Running Out», *Far Eastern Economic Review*, 12 de septiembre de 1970.

¹³ *Survey of the China Mainland Press*, núm. 4.688, 1 de julio de 1970, pp. 80-81.

Los agentes nordistas infiltrados y los comunistas surcoreanos trabajan incesantemente agitando a las masas e instigando a la protesta con los más diversos motivos. Por esto se comprende la cautela con que proceden las autoridades de Seúl. En determinadas ocasiones, la satisfacción de algunas legítimas aspiraciones podría ser aprovechada por el enemigo para crear un confucionismo suicida. No obstante, tales razones no eran entendidas, o se ignoraban deliberadamente, por un amplio sector de la oposición, que intensificaba su protesta para forzar la retirada de Park. Los brotes de hostilidad antigubernamental alcanzaban su punto álgido a finales de 1973, fecha en que la oposición, aun a sabiendas de que estaba siendo manipulada desde Pyongyang y Pekín, arreció en su campaña contra Park, insistiendo en la revisión de la Constitución y el retorno a la democracia. El Partido Demócrata, de oposición, había decidido crear una Comisión encargada de estudiar una nueva Constitución; 61 escritores pedían el restablecimiento de la democracia; el ex presidente del Partido Republicano Demócrata, gubernamental, Chung Ku Yung—consejero del presidente Park—, y el ex secretario general del mismo, Ye Chun Ho, se daban de baja en el movimiento; las algaradas estudiantiles cobraban inusitada intensidad... En estas condiciones, el presidente Park se veía obligado, el 8 de enero de 1974, a proclamar el estado de urgencia.

Por el contrario, las afirmaciones de Pyongyang, recogidas anteriormente de que la guerrilla surcoreana se estaba generalizando en las ciudades, el campo y las montañas, no pasa de ser una notable exageración. En realidad, actividades de este tipo sólo se han comprobado, con carácter intermitente, en las regiones costeras y su localización sugiere un contacto marítimo con el Norte¹⁴, por lo cual puede afirmarse que el núcleo esencial está formado por comandos infiltrados desde el Norte a través del mar. No obstante, esos movimientos tienen una amplitud muy limitada, y el transcurso de los años parece indicar que Pyongyang está fracasando en su propósito de estimular la formación de guerrillas con la intención de obligar gradualmente a la población campesina del Sur a entrar en conflicto con el Gobierno. Aunque resulta difícil precisar en qué medida estos guerrilleros encuentran apoyo en las masas rurales surcoreanas, no parece imprudente afirmar que es muy exiguo a todas luces, ya que de otra forma no se comprende cómo, en tantos años como el Norte se viene dedicando a esta tarea, no ha llegado a constituir un enjambre de «zonas liberadas». En realidad, desde 1968, en que se detectó una ope-

¹⁴ JULIO COLA ALBERICH, *op. cit.*

ración guerrillera de alguna importancia, no se ha señalado alguna actividad destacable ¹⁵.

A partir de junio de 1973, el presidente Park había comprendido que el porvenir de la República de Corea se encontraba seriamente comprometido ante el sesgo que adoptaban los acontecimientos en los ambientes internacionales ¹⁶. Venía advirtiéndose de forma reiterada la tendencia de la Organización de las Naciones Unidas a desentenderse del asunto que motivara, hace un cuarto de siglo, el envío de tropas bajo su pabellón ¹⁷. Esa tendencia tendía a robustecerse y se imponía, por lo tanto, ampliar el círculo de relaciones para no verse encerrado en el aislamiento. De tal manera, en la fecha indicada, Park anunciaba su política exterior de «puerta abierta» para contrarrestar la ofensiva diplomática que había iniciado Pyongyang en enero de ese mismo año y que había desembocado en el establecimiento de relaciones diplomáticas con Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega, Suecia, Argentina, etc. El presidente Park Chung Hee anunciaba solemnemente que «abriría su puerta a todas las naciones del mundo». Los frutos de esta política, no obstante, no han sido tan espectaculares como pretendía Seúl, y la prueba más reciente la tenemos en los resultados de la Conferencia de los países no alineados, celebrada en Lima durante el pasado mes de agosto, donde se acordó admitir como Estado miembro a Corea del Norte, al mismo tiempo que se rechazaba la candidatura de Corea del Sur al aceptar la conferencia el punto de vista de la señora Binh, jefe de la delegación norvietnamita, de que no procedía la admisión del régimen de Seúl ni de Filipinas «por tener bases norteamericanas en su territorio» ¹⁸. La candidatura de Pyong-

¹⁵ «La más importante operación de guerrilla se remonta al mes de noviembre de 1968. Según las fuentes surcoreanas, una treintena de agentes nordistas habían desembarcado en la parte central de la costa oriental. El número de hombres que se declaró fue, sucesivamente, de 60, después 95 y, finalmente, de 120, mientras que los guerrilleros perseguidos por el Ejército se desplazaban hacia el interior del país. En las aldeas quemaban la documentación de la Policía o de los Servicios de Información, mataban al representante local del Gobierno y se apoderaban de los depósitos de alimentos de los comerciantes o de los propietarios para distribuirlos a la población. Todos los hombres fueron muertos durante las operaciones de búsqueda, para lo que se movilizó un importante número de fuerzas locales. El estado de urgencia fue implantado en la provincia de Kangwon y en una parte de la provincia adyacente.» A. B.: *Le Monde*, 6 y 7 de septiembre de 1970.

¹⁶ En septiembre de 1972, en la Asamblea General de las Naciones Unidas, 25 países que habían apoyado anteriormente a la República de Corea se abstenerían de votar al plantearse la cuestión de Corea. Al mismo tiempo se admitía a Pyongyang en la Unión Interparlamentaria y, en mayo de 1973, en la Organización Mundial de la Salud.

¹⁷ Decretada por la Organización de las Naciones Unidas en 1950 al producirse la agresión a la República de Corea por parte del Norte.

¹⁸ Podemos recordar que, entre otros Estados miembros del movimiento no alineado, figura Etiopía, que posee instalaciones norteamericanas; Malta, que posee bases británicas en la isla; Somalia, que posee bases soviéticas, etc.

yang había sido apoyada especialmente por Argelia y Yugoslavia. Un nuevo revés diplomático se registraba, el 6 de agosto, en el Consejo de Seguridad de la ONU, que había aceptado la petición de admisión de los dos Estados vietnamitas y que rechazaba la inscripción de la candidatura de Corea del Sur.

Desde el punto de vista diplomático, Seúl se encuentra en notoria desventaja ante su rival peninsular. El programa para flexibilizar la política exterior—que había iniciado, en enero de 1972, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Kim Yong Shik—resultaba ambicioso: retirada del contingente militar coreano que combatía en Vietnam, contactos comerciales con la Europa oriental, diálogo intercoreano y «contactos con cualquier país no hostil», tras de cuyo eufemismo se apuntaba hacia la República Popular de China. La tendencia a la distensión con China había sido esbozada en el discurso del presidente Park del 15 de agosto de 1971, en el que había afirmado que el mejor camino para llegar a una reunificación gradual de la península coreana sería que Pekín redujera su apoyo a Kim Il Sung y obtuviera del mismo la plena seguridad de que jamás atacaría militarmente a Corea del Sur. Pero todos estos esfuerzos desplegados por Seúl para obtener alguna comprensión china han fracasado rotundamente, ya que la República Popular de China cada vez define con mayor nitidez su resuelto apoyo al Estado nordista. Esto queda demostrado por el comunicado conjunto chino-coreano publicado el pasado 28 de abril, al terminar la visita de Kim Il Sung a China. Entre otras afirmaciones del mencionado texto, figura la de que Corea del Norte es «el único Estado legal y soberano de la nación coreana» y que China «reafirma su resuelto apoyo a la justa lucha del pueblo coreano por la reunificación independiente y pacífica de la patria».

Esa postura de aliento a ultranza a Pyongyang se va generalizando entre los países afroasiáticos. La irrupción en los ámbitos internacionales de los nuevos regímenes comunistas de Vietnam del Sur y Camboya, a los que ha permanecido estrechamente ligada Corea del Norte, ha infundido nuevos bríos a la ofensiva diplomática de Pyongyang para aislar a su rival. Kim Il Sung mantuvo un trato preferencial con el príncipe Norodom Sihanuk mientras éste permaneció en el exilio de Pekín. Sihanuk visitó Pyongyang y el mariscal norcoreano le devolvió la visita en la capital china. Una vez terminada la contienda, el príncipe Sihanuk, jefe del Estado camboyano, llegaba a Pyongyang, en visita oficial, el pasado 15 de octubre y en sus declaraciones afirmaba el apoyo de Phnom-Penh a los puntos de vista norcoreanos.

Una de las últimas y más decisivas ayudas la ha conseguido Kim Il Sung durante su visita a Argelia. El pasado 26 de mayo llegaba a Argel el presidente norcoreano y sus dotes persuasorias alcanzaban tanto éxito que esa misma noche, durante el banquete en honor de su huésped, el presidente Huari Bumedian afirmaba que «las Naciones Unidas tienen el deber de adoptar las medidas que sean necesarias para poner fin a una verdadera ocupación extranjera bajo su emblema». A continuación, como hemos indicado, Argelia patrocinaba el ingreso de Corea del Norte como miembro del bloque de países no alineados.

En virtud de todo este cúmulo de circunstancias, Seúl debe apoyarse exclusivamente en sus relaciones privilegiadas con Washington. Los Estados Unidos garantizan la existencia del régimen por la alianza militar que firmaron Washington y Seúl el día 1 de octubre de 1953. En compensación, Seúl concede a su aliado el derecho a desplegar las fuerzas americanas de las tres armas en todo su territorio y alrededor del mismo en las aguas que lo bañan. Los vínculos con los Estados Unidos cubren, en parte, los establecidos con la Organización de las Naciones Unidas a raíz de la guerra de 1950: las fuerzas que allí continúan representando a las Naciones Unidas son norteamericanas y las manda un jefe americano; el representante de la ONU en la Comisión de armisticio de Panmujon es americano. En la práctica, los Estados Unidos es el único país que continúa asumiendo las responsabilidades decretadas por las Naciones Unidas, aunque las fuerzas armadas que tiene destacadas en la República de Corea actúen teóricamente en nombre de la Organización mundial.

Por eso los principales esfuerzos de Pyongyang y sus amigos se vienen dirigiendo a eliminar ese matiz onusiano, por muy débil que éste sea. En el caso de un ataque militar por parte de Pyongyang, no sería lo mismo—desde el punto de vista de la ética internacional—que los ejércitos nordistas se enfrentasen a unas tropas que representan a las Naciones Unidas que si ese choque se produce con soldados americanos, carentes del respaldo internacional. En el primer caso—aunque ya no estamos en 1950—existiría el riesgo de que Pyongyang fuese condenado nuevamente por agresión, aunque la actual repartición de fuerzas en la ONU hace altamente dudoso ese dictamen. De todas formas, a todos los efectos, a Pyongyang le resulta muy conveniente eliminar el carácter onusiano de las tropas americanas destacadas en el paralelo 38°, y de ahí el empeño que viene

demostrando el mariscal Kim Il Sung para borrarlo, por desvaído que sea éste.

Ya hemos indicado que Argelia no ha vacilado en compartir el criterio de que las Naciones Unidas deben retirar las fuerzas estacionadas en Corea bajo su pabellón. Esta opinión tiene importancia decisiva dada la influencia argelina entre los países del Tercer Mundo. La República Popular de China ha adoptado una postura idéntica y, con ello, la situación se va haciendo insostenible para Washington. El secretario general de la ONU declaraba en París, el 27 del pasado mes de junio, que Corea del Norte y China desean la disolución del mando de las Naciones Unidas, pues, a su entender, no existen fuerzas de la Organización internacional en Corea, sino solamente tropas americanas.

En definitiva, esta postura adquiere cada vez mayor volumen entre los países representados en el arcótipo onusiano. Bajo la presión de los Estados del bloque socialista y de los afroasiáticos se viene advirtiendo el fortalecimiento de la corriente que se pronuncia en favor de que la ONU retire las fuerzas que tiene destacadas en Corea bajo su mando. La presión ha adquirido tal vigor que cabe pensar en la posibilidad de una decisión inmediata en tal sentido de la Organización mundial. Advirtiendo esa contingencia, Estados Unidos proponía al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el pasado 27 de junio, que el mando de las Naciones Unidas en Corea fuese reemplazado, en 1976, por un mando americano-surcoreano, y el 22 de septiembre, en su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el secretario de Estado, Kissinger, expresaba el deseo conjunto de Washington y de Seúl de que fuese convocada una conferencia de los países signatarios del armisticio de 1953 para examinar los medios más apropiados para preservar dicho armisticio.

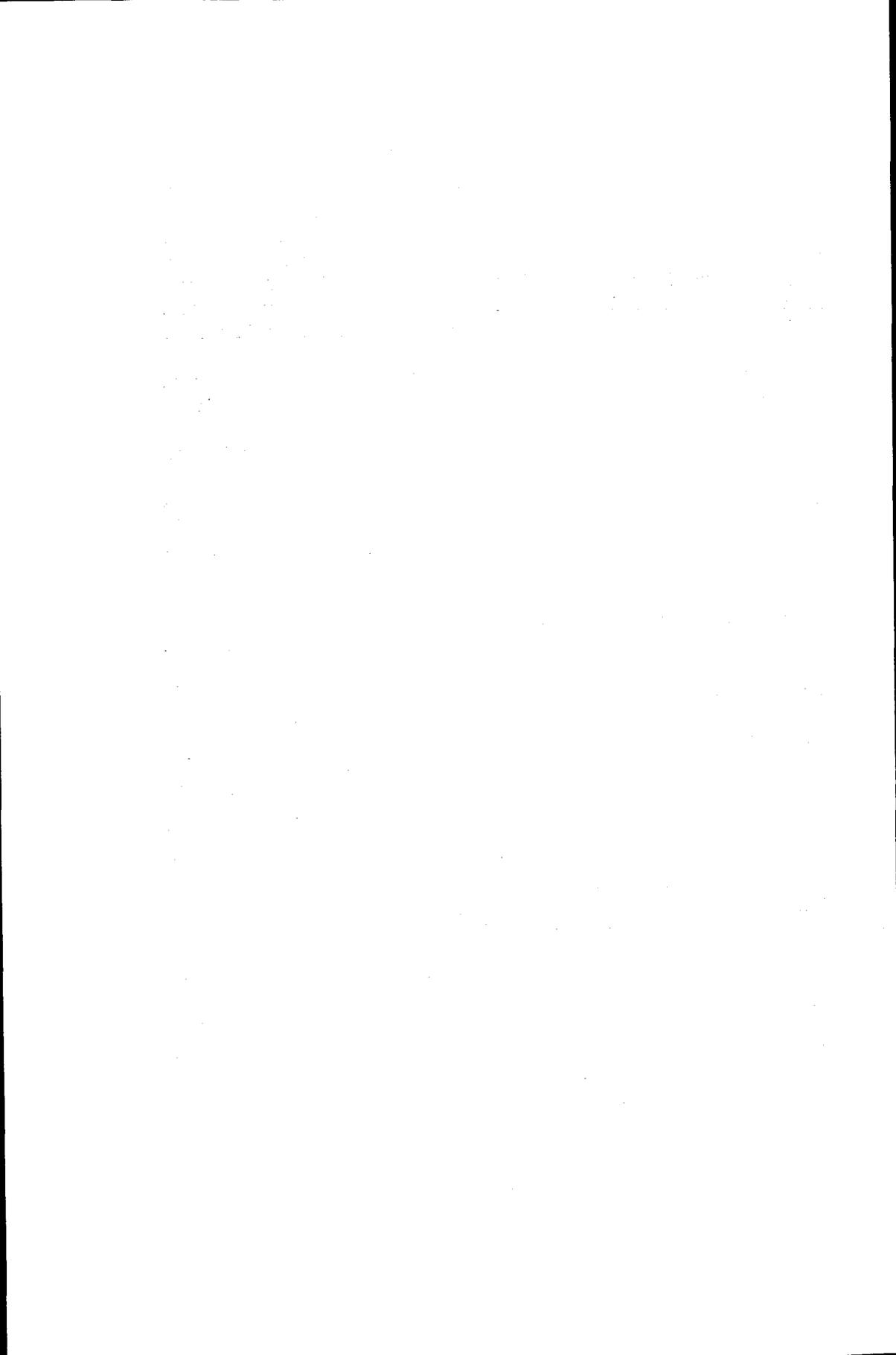
Esto no supone en modo alguno, al menos por el momento, que Estados Unidos proyecte un desenganche militar en Corea. El pasado 21 de mayo, el presidente Ford había declarado rotundamente a la prensa que los Estados Unidos defenderían a Corea del Sur en el caso de un ataque nordista. Pocos días después, el 10 de junio, Ford insistía en que estaba absolutamente decidido a que las tropas norteamericanas permaneciesen en Corea del Sur todo el tiempo que sea necesario. «En la actualidad—decía—tenemos allí unos treinta y ocho mil soldados. Creo que es importante que permanezcan para mantener la paz en Corea del Sur y en la península coreana.»

Mientras tanto, los Estados Unidos siguen suministrando a Corea del Sur una ayuda militar anual de 300 millones de dólares. La mitad

de esta suma está destinada a sufragar los gastos regulares del ejército y la otra mitad financia la modernización del equipo militar. Washington considera que para 1976 ó 1977 la República de Corea puede fabricar equipos relativamente complejos, como tanques o defensas costeras, lo que permitiría suprimir gastos militares en el futuro, especialmente si el Japón, el otro interesado en la supervivencia de la República de Corea, mantiene e incrementa su ayuda militar indirecta.

No obstante, si para Seúl la protección norteamericana resulta absolutamente vital, subsiste la duda—a pesar de la voluntad de los gobernantes norteamericanos y de las seguridades que han expresado—de si los Estados Unidos podrían arrostrar un segundo conflicto bélico en tierras de Corea en el caso de que Kim Il Sung decidiese utilizar la vía militar, siguiendo el ejemplo vietnamita, para obtener la reunificación. No puede asegurarse que el Congreso y la opinión pública permitiesen una nueva implicación militar. Por otra parte, Washington tiene decidido empeño en llegar a un acuerdo con la República Popular de China y la presencia de bases militares americanas en la península coreana no favorece precisamente las relaciones mutuas. Tampoco debe menospreciarse el efecto de la «doctrina de Guam» ni las divergencias entre Washington y Seúl, tanto en el terreno político como en el militar. Las relaciones distan mucho de ser tan cordiales como parecen a simple vista. Durante la guerra de Vietnam, los Estados Unidos retiraron 20.000 hombres de Corea y confiaron la defensa de la línea de armisticio a los ejércitos sudistas. A su vez, Seúl retiró los contingentes coreanos que combatían en Vietnam años antes de que finalizase el conflicto. La desconfianza surcoreana alcanzó su máxima expresión cuando fue anunciado el viaje del presidente Nixon a Pekín, y la inquietud de Seúl no se ha calmado ante las perspectivas de negociaciones chino-americanas. Para calmar la ansiedad en lo posible, el 20 de diciembre de 1971 el embajador norteamericano en Seúl, Habib, declaraba que «los Estados Unidos no buscarán arreglos con Pekín a expensas de un tercero», pero la tesis oficial de los Estados Unidos sigue siendo la de que no existen pruebas definitivas respecto a la inminencia de un ataque nordista contra el Sur. Es la misma opinión que sustenta Pekín. Pero ambos optimismos no pueden borrar la realidad de que al Norte del paralelo 38° se encuentra, en pie de guerra, un formidable ejército de medio millón de hombres.

JULIO COLA ALBERICH



NOTAS

